

FRACASO ESCOLAR Y MÉTODO DE ESTUDIO

Cuando el índice de fracaso escolar ronda en nuestras aulas el 25%, debemos reflexionar sobre su origen y encontrar pistas que nos ayuden a trabajar de manera preventiva. El fracaso escolar se detecta normalmente al final de la Educación Primaria y comienzo de la Educación Secundaria. Excluyendo de este grupo a los alumnos con dificultades específicas de aprendizaje o bajas capacidades, nos quedamos con aquellos que han ido superando sin grandes dificultades la Educación Primaria, y que sin motivo aparente comienzan a bajar su rendimiento.

La asimilación de conocimientos y el rendimiento académico están en función de diversas variables, entre las que caben destacar: factores internos como son la atención, memoria, habilidades intelectuales y lingüísticas con las que cuenta el alumno; la cantidad y calidad de los aprendizajes previos; la actitud frente al estudio; la utilización de técnicas eficaces que le hagan economizar el tiempo obteniendo mayor rendimiento; unas habilidades sociales que le permitan la adecuada adaptación a su entorno familiar y escolar; su autoconcepto y autoestima como persona y estudiante; el nivel de motivación y sus conductas de estudio.

Todas estas variables personales y del medio interactúan entre sí. Pero a medida que transcurren los cursos, la dedicación a la tarea, la capacidad de esfuerzo y una buena técnica de estudio, van adquiriendo mayor relevancia.

Muchos alumnos que durante la Educación Primaria han progresado adecuadamente, sin grandes inversiones de tiempo y esfuerzo, corren el riesgo de no generar hábito de estudio. Este hábito, al igual que en otras facetas de la vida, se va aprendiendo poco a poco, siendo difícil que aparezca de un día para otro.

Los errores más comunes que podemos encontrar en el alumnado están relacionados con: un estudio pasivo, sin método; una acumulación de contenidos en vísperas de los exámenes, lo que les hace estudiar de forma rápida y superficial; una falta de planificación y organización de materias y contenidos en el tiempo; dificultades en la lectura mecánica, baja comprensión lectora y poco gusto hacia la lectura; dificultades para concentrarse; lagunas en aprendizajes previos que son el soporte de otros posteriores; falta de fuerza de voluntad que arrastra poca dedicación al estudio diario; y desde luego, poca motivación para aprender por el placer intrínseco de cultivar su mente y su persona.

Así que llega un momento, que aunque el alumno tenga unas magníficas capacidades para el estudio, como no dedica tiempo suficiente, su rendimiento se ve afectado. Es el momento en el que los padres de los más mayores se sienten perdidos, y los padres de los más pequeños se preguntan por la manera de evitarlo.

La respuesta es compleja y siempre hay que evaluar cada caso de manera individual para que ésta sea más práctica y eficaz. En líneas generales lo aconsejable es empezar desde pequeños con el objetivo de inculcar el valor del esfuerzo y el gusto por las cosas bien hechas.

Desde el punto de vista de la salud, asegurar unas buenas condiciones físicas y mentales, vigilando hábitos de sueño y alimentación, y descartando alteraciones biológicas que puedan afectar al rendimiento académico.

Respecto al lugar físico de estudio, deberemos controlar que se encuentre alejado de ruidos, con los materiales necesarios al alcance, pero principalmente que sea un lugar donde el estudiante se encuentre a gusto, lo que no significa tumbado, viendo la T.V o escuchando música.

Uno de los aspectos decisivos es el trabajo diario. Desde pequeños, cuando comienzan con sus primeros deberes de escritura y lectura, es recomendable sentarse con ellos. Estas tareas no requieren mucho tiempo, pero suponen una gran inversión en paciencia y constancia. De esta forma mostraremos nuestro interés por su trabajo, valorando de forma inmediata su esfuerzo, exigiendo diariamente orden, limpieza y cumplimiento de horarios y tareas. Así, mediante nuestra dedicación, ellos se percatarán de lo mucho que valoramos su estudio. Poco a poco, se les irá dando mayor autonomía, pero siempre bajo nuestra supervisión.

Cuando empiezan los primeros exámenes, en 3º o 4º de Primaria, podemos enseñarles a realizar sencillos subrayados y esquemas para que se habitúen a basar en ellos el proceso de comprensión y posterior memorización. Siempre animaremos a utilizar el diccionario para aprender el significado de palabras nuevas. Muchas veces, surgirán dudas que no sabremos resolver; lo mejor es aceptar que no se sabe y buscar con ellos la respuesta en los libros. Cuando son más mayores, es más difícil prestarles ayuda académica, pero nuestra presencia física en los momentos duros de estudio, les animará a invertir tiempo y esfuerzo en su tarea. Se sentirán recompensados al dedicarles interés diario por su trabajo. Siempre valoraremos el esfuerzo, y no tanto el resultado.

Sin olvidar la necesaria colaboración entre el centro escolar y las familias, que mediante el sistema de tutorías brinda la posibilidad a los padres de conocer la evolución de sus hijos, pudiendo así orientar el proceso educativo en una misma dirección. Aprovecho estas líneas para felicitar a vuestro centro por la cercanía y colaboración de los tutores, quienes facilitan la coordinación y comunicación de todos los agentes implicados en la difícil, pero apasionante tarea de educar hacia el éxito académico y personal de cada alumno.

M^a Eugenia Marfull Uranga

Centro Psicopedagógico

EDUCA'S

Asesoramiento e intervención educativa

Artículo publicado en Revista San Vicente De Paul, Mayo 2007

Licenciada en Pedagogía

Licencia en Psicología

Directora del centro Psicopedagógico Educas